

## I. LOS ESPACIOS DE LA VOZ<sup>1</sup>

EN UN importante libro de 1945, *From Script to Print*, el inglés Henry John Chaytor decía que hoy en día casi no somos capaces de concebir el lenguaje sino en su forma escrita (1950, 6). Esta inextricable atadura del lenguaje con la escritura es un fenómeno tan reciente en la historia de la humanidad y tan limitado a ciertas culturas como lo es la escritura misma; pero ya lo ha dicho Walter Ong: “nosotros –los lectores de libros como éste– somos tan ‘letrados’”, que “sólo con grandes dificultades logramos imaginar cómo es una cultura de oralidad primaria, esto es, una cultura que desconoce totalmente la escritura e incluso la posibilidad de la escritura” (1982, 2, 30).

Ha hecho época el libro *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word* de Walter Ong (1982), excelente investigador norteamericano que se ha ocupado ampliamente del contraste entre las culturas orales y las dotadas de escritura.

A pesar, dice, de que todo lenguaje es básica, naturalmente, oral y de que la escritura es un fenómeno tardío, derivado y artificial (5-10, 75, 82-83), ella ha marcado muy a fondo a nuestras culturas y creado en nosotros nociones falsas sobre las culturas de épocas y civilizaciones carentes de escri-

<sup>1</sup> He utilizado aquí algunos elementos de mi ponencia “Los espacios de la voz”, publicada en *Company* (coord.), 1991, 9-17.

tura, las cuales, dentro de la historia de la humanidad, constituyen la inmensa mayoría.<sup>2</sup>

Pero no son sólo las civilizaciones sin escritura las que están reclamando una visión no “escritocéntrica”:<sup>3</sup> las culturas occidentales conocedoras de la escritura estuvieron permeadas también, durante siglos, de diversos tipos de oralidad, hecho este que no es conocido a nivel general. En la Antigüedad grecorromana, “el método común de publicación fue la recitación pública, [...] incluso después de que se generalizaron los libros y el arte de la lectura” (Hadas, 1957, 50). A partir del siglo v a.C., y sobre todo en la época helénica, la cultura griega conoció la lectura individual, pero ésta las más veces se realizaba en voz alta. También en la Roma antigua los textos eran leídos oralmente, recitados de memoria, salmodiados o cantados; su público era un público de oyentes, un “auditorio”.<sup>4</sup> “Para los antiguos la palabra escrita no era otra cosa que un sucedáneo de la palabra oral” (Borges, 1960, 157); los manuscritos servían para fijar los textos y apoyar la lectura en voz alta, la memorización, el can-

<sup>2</sup> “El lenguaje es tan abrumadoramente oral, que de los muchos miles de lenguas –posiblemente decenas de miles– que se han hablado en el curso de la historia humana, sólo unas 106 han practicado la escritura en una medida suficiente como para haber producido literatura, y la mayoría de ellas nunca se han puesto por escrito. De las más o menos 3000 lenguas habladas que existen hoy, sólo unas 78 poseen una literatura” (Ong, 1982, 7). Sobre todo esto, véase también Goody, 1991.

<sup>3</sup> En cuanto a la Grecia prealfabética, anterior al siglo v a.C., el punto de vista escritocéntrico ya ha sido parcialmente superado gracias a trabajos como los clásicos de Parry, Havelock, Lord y sus seguidores. Para un rápido resumen del paso de la cultura plenamente oral a la conocedora de la escritura, véase, entre otros, a Rivers, 1983, 1-3.

<sup>4</sup> Para la lectura en la Antigüedad, véase también, entre otros, Balogh, 1926-1927; Kenyon, 1932; McLuhan, 1966; Knox, 1968; Genette, 1969; Nelson, 1976-1977; Ife, 1985; Havelock, 1986; Zumthor, 1987; Schön, 1987.

to.<sup>5</sup> En los primeros siglos de la Roma imperial –cito a Auerbach– “la mayoría de las obras literarias no fueron conocidas primero a través de copias escritas, sino por medio de la lectura oral. Ésta se realizaba generalmente en reuniones informales y privadas de los amigos del autor”. Luego se leyó en todas partes, y “desde Adriano hubo edificios públicos que servían exclusivamente a este propósito” (Auerbach, 1969, 235-237). Tan asociada estaba la letra con la voz, con el hablar y el oír, que incluso la lectura solitaria se hacía en voz alta, como lo prueba el famoso pasaje de las *Confesiones* (vi, iii) en que san Agustín expresa su asombro ante la capacidad y costumbre que tenía san Ambrosio de leer en silencio (véase nuestro capítulo vii).

#### LA EDAD MEDIA, BAJO EL IMPERIO DE LA VOZ

Nadie sino san Ambrosio parece haber leído silenciosamente en el siglo iv. Ni nadie más, por muchos siglos. La Regla de San Benito, capítulo 48, ordena que quien desee leer en el dormitorio debe hacerlo sin molestar a los demás: *sibi sic legat ut alium non inquietet* (Chaytor, 1950, 14). La cultura de la Edad Media europea siguió estando mayoritariamente bajo el imperio de la voz, como lo ha venido a demostrar de manera definitiva el libro de Paul Zumthor, *La lettre et la voix. De la “littérature” médiévale* (1987).<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Véase lo que dice Díez Borque (1985, 22) sobre “cultura de uso” versus “cultura de permanencia”, y nuestro capítulo vi.

<sup>6</sup> Ya en libros anteriores, desde su *Essai de poétique médiévale* (1972), había venido mostrando Zumthor las dimensiones orales de la literatura medieval. Desconcierta el desconocimiento de tales trabajos por parte de especialistas como Ong, Goody, Schön.

Por una parte, entre grandes masas de la población, desconocedoras de la escritura, seguía existiendo una cultura plenamente oral, de vieja y arraigada tradición. Esa cultura se expresaba en los usos y costumbres cotidianos, los rituales, las festividades, etc., y se manifestaba verbalmente en muchas variedades de “literatura”<sup>7</sup> oral, tanto profana como religiosa: cantares épicos, canciones narrativas y líricas para acompañar el trabajo y el baile, rimas infantiles, oraciones y conjuros versificados, cuentos, refranes. Toda esa producción, local unas veces, regional otras, trasregional otras muchas,<sup>8</sup> constituía un patrimonio colectivo; se creaba y recreaba oralmente, se transmitía de boca en boca y de generación en generación y por lo común se ejecutaba públicamente. Só-

<sup>7</sup> Por un prurito etimológico, Walter Ong (“Did you say ‘oral literature?’”, 1982, 10-15) se niega a hablar de “literatura” oral –“*monstruous concept*” lo llama (11)–, como ya lo había hecho Havelock y lo harían después otros. Goody (1991, xi), para evitar el término, crea –pero afortunadamente emplea poco– el de *standardized oral forms* (sigla: sof). Por otro lado, Ruth Finnegan (1992, 16) arguye con toda razón en contra de la falacia etimológica; J. J. Duggan coordina en 1975 un volumen intitulado *Oral literature*; Zumthor subtítulo su libro de 1987 *De la “littérature” médiévale*. No existe para el concepto de ‘literatura’ una palabra que no esté teñida de “escritocentrismo”, pero prescindir del término *literatura* crea más problemas de los que resuelve. En situación análoga se encuentra la palabra *texto*, que para Ong y sus sucesores (Stock, por ejemplo) se refiere necesariamente a un escrito o impreso; la poesía oral, dice Ong, es un *acontecimiento*, no un texto; Goody la denomina *utterance* (manifestación oral, vocal) o *performance*, contraponiéndola a *text or score* (1991, xiii). Recordemos, sin embargo, el amplio sentido que la semiótica suele dar a la palabra *texto*: ‘conjunto de enunciados verbales que poseen una función comunicativa’. Los “textos literarios” –subespecie de los “textos” – no son menos textos cuando son producidos y transmitidos oralmente.

<sup>8</sup> Dado el nomadismo de los juglares, importantes transmisores de poesía en la Edad Media, un rasgo característico de esa cultura oral es la amplísima divulgación de muchos textos, temas y recursos poéticos y narrativos. De ahí resulta, como dice Zumthor, “una apretada red de tradiciones poéticas [y, añado, cuentísticas] orales que abarcan todo el Occidente” y, de hecho, toda Eurasia (1987, 51, 78).

lo de manera excepcional llegaron a ponerse por escrito, durante la Edad Media, los productos de esas tradiciones orales,<sup>9</sup> de modo que nuestro conocimiento de ellos es indirecto y muy insuficiente. Más adelante esbozaré algunas características primordiales de este tipo de culturas.

¿Puede hablarse aquí de “oralidad primaria”? No para Walter Ong, quien limita la expresión a culturas que desconocen la escritura y quien aplica a periodos como el medieval la denominación de “residualmente oral”, por la gran cantidad de elementos, de “residuos”, orales que conserva (1982, 36, 37, 43, *passim*).<sup>10</sup> Por su parte, Paul Zumthor piensa que la oralidad primaria se puede dar igualmente en “grupos sociales aislados y analfabetas” y que tal “era el caso de grandes sectores del mundo campesino medieval, cuya vieja cultura, tradicional, oprimida”, debió poseer “una poesía de oralidad primaria” (1987, 18). Parece, sin embargo, que incluso la cultura campesina que vivía en el aislamiento solía entrar en contacto con la “otra” cultura en lengua vernácula, poseedora, ésa sí, de escritura, y tales contactos no podían sino traer consigo, en mayor o menor medida, mutuas influencias.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> Se trataba siempre de registros muy parciales, en los cuales intervenían las preferencias y los rechazos de quienes sabían escribir. “Con poquísimas excepciones –dice Zumthor–, todo lo que sabemos de la poesía medieval a través de sus textos es lo que las gentes de escritura juzgaron a bien darnos a conocer” (1987, 134). Sólo se conservó una fracción mínima de los que circulaban oralmente. Stock (1983, 8), hablando más bien de costumbres e instituciones medievales, dice: “very occasionally, mention is made of what may be called pure orality [...]. Medieval documentation provides little direct evidence for such orality, although one catches glimpses of it in accounts of gestures, rituals, and feudal ceremonial”.

<sup>10</sup> El término nos resultará útil aquí, pero reconozco que está sumamente necesitado de precisiones, porque Ong lo aplica indistintamente a culturas de índole muy diversa y a tipos también distintos de oralidad.

<sup>11</sup> Éste es el tema del libro de Brian Stock (1983), centrado principalmen-

Esa otra cultura, escrita, que floreció en ámbitos más restringidos –medios clericales y conventuales, cortes y palacios, ciudades–, tenía en común con la de tradición oral un factor muy importante: la publicación de sus productos literarios adoptaba las más veces modalidades orales: “esas obras [...] estaban destinadas a la recitación, a ser cantadas o leídas en público” (Auerbach, 1969, 279); lo mismo sus “lectores” que sus receptores –letrados o analfabetas– estaban acostumbrados a oír el sonido de las letras, las “*voces paginorum*”, según el feliz título de Joseph Balogh (1926-1927). O sea, que para la cultura medieval que se expresaba por escrito los ojos no eran sino vehículo para una comunicación oral-auditiva; también en ella, pues, “el sentido circulaba de la boca al oído”, y “la voz detentaba el monopolio de la transmisión” (Zumthor, 1972, 37 y ss.). Pero era una voz que, lejos de oponerse a la escritura, cooperaba con ella, complementándola. Evidentemente, no cabe hablar aquí de una literatura *oral*, como lo era la otra –de aplicarle este término, estaríamos extendiendo su significado hasta el punto de diluirlo–, pero sí de una literatura que podemos llamar *oralizada*, término que, junto con el de *oralización*, permite evitar malentendidos.<sup>12</sup>

te en las costumbres, instituciones, leyes, en los siglos XI y XII. Dice Elias Rivers (1988, 18): “en ninguna cultura que tenga escritura puede existir una oralidad pura. Incluso en la Edad Media, [...] se sabía siempre que existía la escritura latina y que la conservación de un poema vernáculo no dependía, en principio, de la constante repetición oral y colectiva”. Cf. lo que escribe en 1983, 18-19, y su aseveración de que la mayor parte del público, predominantemente analfabeta, de Berceo “had an almost superstitious respect for scripture of any sort” (1983, 22).

<sup>12</sup> El haber intitolado “La literatura oral” al extracto de mi ponencia sobre “Lectores y oidores” publicado en Egido (coord.), 1992, despistará a más de uno. El tema de aquella ponencia, como el del presente libro, es la transmi-

El *legere in silentio* siguió siendo excepcional durante la Edad Media, posiblemente hasta el siglo xv:<sup>13</sup> la gente no sabía hacerlo, aun cuando quería. Hay a este respecto una bonita anécdota de comienzos del siglo xiii: Ricalmo, abate del monasterio cisterciense de Schönthal, en Alemania, autor del más completo manual medieval de demonología, confesó lo siguiente:

Cuando estoy leyendo directamente del libro y sólo con el pensamiento, como suelo hacerlo, ellos [los diablos] me hacen leer en voz alta palabra por palabra, privándome de la comprensión interior de lo que leo y para que pueda pe-

sión de la literatura *escrita* por medio de la voz: “La literatura oralizada” habría sido, a mi ver, el título adecuado.— Me abstengo de usar aquí los términos de oralidad *mixte* y *seconde*—esta última entra fácilmente en conflicto con la “secondary orality” de Ong, referida a la era tecnológica— que Zumthor aplica a “la casi totalidad de la poesía medieval” (1987, 18-19).

<sup>13</sup> Eso, por lo menos, es lo que ha afirmado Zumthor (1972, 38): el leer sólo con los ojos “ne semble pas avoir été connu avant le xv<sup>e</sup> siècle. La lecture solitaire elle-même, propre aux lettrés, comportait une prononciation du texte lu”. Sólo desde el siglo xiv “on entend çà et là plaider en faveur d’une science fondée en lecture plutôt qu’en audition. C’est alors même qu’apparaissent par ailleurs les premiers indices d’un affaiblissement vocal de la poésie” (Zumthor, 1987, 93). Si Zumthor tiene razón, no podría hablarse de “lectura” ni de “lectores”, en el sentido actual de estas palabras, para los siglos xii-xiv, como suelen hacerlo incluso estudiosos interesados en estas cuestiones. Elias L. Rivers, por ejemplo, piensa que la lírica provenzal “probablemente fue cantada más frecuentemente que leída en silencio” (1983, 8: ¿sólo “probablemente”?, ¿se la leyó alguna vez en silencio?) y dice que “Berceo’s texts provided a strange new experience for listeners and readers alike” (22), que su poesía “seems to demand to be read out loud” (25) y que don Juan Manuel “writes for readers, rather than listeners” (29, cf. 30-32). En este último caso, me permito sugerir que la preocupación de un escritor por la pureza de sus textos no se opone a la lectura en voz alta o, incluso, la memorización de éstos: véase por ejemplo el caso de los cuentos de Timoneda (cap. ii, pp. 65-66). Enseguida veremos que el propio don Juan Manuel practicaba y recomendaba la recepción oral de textos literarios e históricos. Sobre estas cuestiones evidentemente no se ha dicho la última palabra.

netrar tanto menos en la fuerza interior de la lectura cuanto más me vierto en el lenguaje externo.<sup>14</sup>

Para quienes no creemos en los demonios, el problema de Ricalmo era, simplemente, que no lograba leer en silencio; deseaba mucho hacerlo, porque compartía con otros la convicción de que la lectura silenciosa propiciaba, más que la oral, la comprensión de los textos (véase aquí cap. VII, nota 26); pero no tenía la costumbre de hacerlo, como no la tenían sus contemporáneos: no era parte de su cultura.

Los nobles acostumbraban oír leer, lo mismo en compañía, durante la comida, que en privado, y ambos hábitos quedaron incluso reglamentados en España desde el siglo XIII. Un pasaje de la *Segunda Partida* de Alfonso X dice que los antiguos ordenaron que en tiempo de paz los caballeros aprendieran hechos de armas, ya que no “por vista et por prueba”, “por oída et por entendimiento” (o sea, escuchándolos),

et por eso acostumbraban los caballeros, *quando comiën, que les leyesen* las hestorias de los grandes fechos de armas que los otros fecieran [...]. Et eso mesmo faciën que quando non podiesen dormir, *cada uno en su posada*<sup>15</sup> *se facië leer e*

<sup>14</sup> Richalm von Schönthal, *Liber Revelationum de Insiidiis et Versutiis Daemonum Adversus Homines*, col. 390: “Saepe cum lego solo codice, et cogitatione, sicut soleo, faciunt meo verbotenus, et ore legere, ut tantummodo eo magis auferant mihi internum intellectum, et eo minus vim lectionis intus penetrem, quo magis in verba foris profundor” (Ife, 1985, 187, nota 65). Ife, p. 75, da la traducción de Coulton (1923, I, 38), quien a su vez encontró el texto en el *Thesaurus anecdotorum novissimus* de Bernard Pez (1721). Véase también Chaytor, 1950, 14-15.

<sup>15</sup> Esto contradice, por lo menos para España, lo que afirma Robert Marichal (1968, 457 y s.): “la lecture privée ne devient fréquente qu’au 15<sup>e</sup> siècle, lorsque l’usage de l’écriture s’est répandu dans les classes supérieures et dans



*retraer estas cosas sobredichas, et esto era porque oyéndolas les crecían los corazones* (1807, ii, 213).<sup>16</sup>

Se leían en voz alta muchos otros tipos de obras. En el prólogo al *Libro del caballero e del escudero*, don Juan Manuel le cuenta al arzobispo de Toledo que “cada que so en algún cuydado, fago que me lean algunos libros o algunas estorias”, y añade que le envía esa obra suya “porque alguna vez, quando no pudierdes dormir, que vos lean, assý como vos dirían una fabliella” (1955, 9).

El hábito de escuchar los textos escritos no podía sino repercutir en la escritura misma, como veremos, y así se ha podido comprobar, precisamente en don Juan Manuel, la influencia de los cuentos orales, con ciertos rasgos típicos de composición, como las continuas repeticiones, en el *Conde Lucanor* y en el llamado *Libro de las armas*.<sup>17</sup>

En toda la Europa medieval la lectura ocular conducía, pues, normalmente a la oralización de lo escrito. Los ojos alimentaban los oídos, empezando por los del propio “lector”,

la population urbaine”. Como lo muestra este pasaje y veremos después, “lectura privada” no es sinónimo de “lectura silenciosa”. Por otra parte, es interesante ver con qué situaciones de la vida diaria se asocia la lectura: con la comida (véase *infra*, nota 19) y con el insomnio. Se trata evidentemente de *topoi*, que aparecen por todas partes. Nelson cita ejemplos de lo que llamaré “lectura por insomnio” que ha encontrado en Chaucer, el conde de Blois, Froissart (1976-1977, 112).

<sup>16</sup> Eickhoff, quien cita este pasaje (1992, 6), hace notar que la “lectura del humanismo vernáculo castellano no es lectura de la razón ni del entendimiento sino lectura del corazón y de la voluntad” (9). Podemos añadir que lo es precisamente por ser lectura en voz alta, hermana del “saber *de coro*” (*par coeur*) los textos y recitarlos. Como veremos, en el siglo *xvi* fray Antonio de Guevara asociará estrechamente el *oír* con el corazón, contrastándolo con el *leer* (silencioso), en que “solamente se ceban los ojos”. Cf. cap. *vii*, notas 6 y 26.

<sup>17</sup> Véase Macpherson, 1973; England, 1977; Deyrmond, 1982 y 1988.

que también “leía” con sus oídos, pues al pronunciar lo escrito se escuchaba a sí mismo: “*O tu che leggi, udirai*” (Dante, *Inferno*, xxii, 118).<sup>18</sup> A fines del siglo xiv escribió el poeta inglés John Gower en su *Confessio amantis*: “Que cuando leo de amores, alimento mi oído con esas historias”.<sup>19</sup>

“SI QUEREDES OÝR LO QUE VOS QUIERO DEZIR”

En su mayoría, las presentaciones orales de las obras se hacían colectivamente. Textos de toda índole se leían en voz alta o se recitaban –o cantaban– de memoria<sup>20</sup> ante grupos de oyentes. Generalmente estaban “concebidos para funcionar en condiciones teatrales: como comunicación entre un can-

<sup>18</sup> “In the Middle Ages, as in Antiquity, they read usually, not as today, principally with the eyes, but with the lips, pronouncing what they saw, and with the ears, listening to the words pronounced, hearing what is called the ‘voices of the pages.’ It is a real acoustical reading: *legere* means at the same time *audire*” (Leclercq, 1961, 18-19).

<sup>19</sup> *For when I of here loves rede / min ere with the tales I fede* (Chaytor, 1950, 16). Francesco Sacchini (véase cap. II, nota 26) dirá al comienzo de su libro de 1614: “El leer es al espíritu *lo que el alimento al cuerpo*” (Schön, 1987, 107). La asociación de la lectura con la alimentación –y no es casual el que a lo largo de los siglos se haya escuchado leer *durante la comida*– aparece en el Antiguo Testamento (“comer el libro” ‘memorizarlo’, Ezequiel: Jousse, 1981, 205-206) en muchos monjes medievales, que hablan del *palatum cordis*, de *ruminatio*, de “sabor”, como ha mostrado Leclercq; véase también Schön, 1987, 118-119.

<sup>20</sup> Zumthor (1987, 19-20) establece una interesante diferenciación entre estos dos tipos de oralización: “Lorsque le poète ou son interprète chante ou récite (que le texte soit improvisé ou mémorisé), sa voix seule confère à celui-ci son autorité. [...] Si le poète ou l’interprète, en revanche, lit dans un livre ce qu’entendent ses auditeurs, l’autorité provient plutôt du livre comme tel, objet visuellement perçu au centre du spectacle performanciel. [...] Dans le chant ou la récitation, même si le texte déclamé a été composé par écrit, l’écriture reste occultée. La lecture publique [...] est moins théâtrale [...]”. Habría que estudiarlo.

tante o recitador o lector y un auditorio” (Zumthor, 1972, 37).<sup>21</sup> La literatura medieval española abunda en referencias a la lectura y recitación ante muchos oyentes: “Sennores e amigos quantos aquí seedes, / si escuchar quisierdes, entenderlo podedes”, dice Berceo en la *Estoria de San Millán* (1964, versos 435ab; también 109a y 321ab); la *Vida de Santa María Egipciaca* comienza:

Oít, varones, huma razón,  
 en que nin ha si verdat non;  
 escuchat de coraçón,  
 sí ayades de Dios perdón.

La *Disputa del alma y el cuerpo*: “Si queredes oír lo que vos quiero dezir”; la *Razón de amor*,

Qui triste tiene su coraçón  
 benga oír esta razón;  
 odrá razón acabada,  
 feyta d’amor e bien rymada.  
 (ALVAR, 1970, 79, 135, 149)

Juan Ruiz, arcipreste de Hita, dice:

Sy queredes, senores, oír un buen solaz,  
 escuchad el rromanze, sosegad vos en paz (14ab).<sup>22</sup>

<sup>21</sup> Véase también Crosby, 1936; Chaytor, 1950; Auerbach, 1958, 215; Nelson, 1976-1977, 112 y n. 3; Clanchy, 1979.

<sup>22</sup> Cf. también los versos 12cd, 15a, 1627bc, 1629a, *passim*, del *Libro de buen amor*. Por razones obvias he omitido las abundantes referencias en la poesía épica.

Junto a tales exhortaciones encontramos muchas referencias de otros tipos, como éstas del *Libro de buen amor*: “que pueda de cantares un librete rimar, / que los que lo oyeren puedan solaz tomar” (Juan Ruiz, 12cd); “Buena propiedad ha [el *Libro*] do quier que sea, / que si lo oye alguno que tenga muger fea, / o sy muger lo oye que su marido vil sea” (1627a-c); “Qualquier ome que lo oya, si bien trobar sopiere” (1629a). Lo mismo, en las crónicas. Chaytor (1950, 110) cita la *Crónica de Jaime I de Aragón*, escrita después de 1230: “A aquells qui voldrán ohir de las graces que Nostre Senyor ha fetes deixam aquest libre per memoria” (final del cap. 1); “Per tal que sapigan aquells que ohirán aquest libre [...]” (final del cap. LXIX). En verso y en prosa, las fórmulas tópicas para remitir de una parte del texto a otra son generalmente del tipo “como oístes dezir”, “como oiredes contar”.<sup>23</sup>

Hay quienes quieren negarles sentido literal a este tipo de expresiones (Gybbon-Monypenny, 1965), y sin duda se trata de clichés que no en todos los casos tienen que tomarse al pie de la letra; pero globalmente funcionan como indicios de la omnipresencia de una voz que “participa con toda su materialidad en la significancia del texto” y de una “situación de discurso *en presencia*” (Zumthor, 1987, 20 y 42);<sup>24</sup> como

<sup>23</sup> Cf. *Poema de Fernán Gonçález*, 310ab: “Avaxaron las lanças e fueron a feryr, / el conde delantero *commo* (syenpre) *oyestes dezir*”: Berceo, *San Millán*, 29d: “metióse en las cuevas *que avedes oído*”. En la *Primera crónica general* abundan los enlaces de este tipo: “Hércules, *que ya oyestes dezir* [...]”, “De Asia e de África *oýdo auedes ya* en otros libros” (Weber de Kurlat, 1967, 37 y 42).

<sup>24</sup> Estudiando las maneras como Dante se dirige al lector en la *Divina Commedia*, Leo Spitzer comentaba el “O tu che leggi, udirai nuovo ludo” de *Inferno*, xxii, 118, como una referencia irónica a las fórmulas con *audire* usadas por los juglares. Tiene, afirma, un “impact of vulgarity”: la *Commedia* no es obra “para ser escuchada en el mercado” (1959, 577-578). Sospecho que Spitzer no tuvo razón en este caso.

indicio también del carácter social, grupal, de la comunicación.

Toda la literatura europea medieval abunda en testimonios y fórmulas como los que hemos visto en España. En poemas franceses: “Or oez tuit coumument”, “Or oiez un flabel courtois”, “Or escoutez, grans et menour”; “Oi avez le vers del parchemin” (Chaytor, 1950, 11 y ss.); en la literatura inglesa: “Lystnes, lordyings...”, “as you shall hear”, “as you have heard” (Crosby, 1936, 101-102). Generalmente se combinan, como en la *Disputa del alma y el cuerpo*, un verbo de locución (*dicere, decir, dire, sagen, hablar, contar...*) con uno referente a la recepción auditiva (*audire, oír, ouvir, hören, hear, escuchar, entender, entendre, vernemen*); lo veremos con más detalle en el capítulo IV. Frecuentísimo era que un autor se dirigiera, como Beda el Venerable, al *auditor sive lector* (Crosby, 1936, 90), fórmula sobre la cual volveré en el capítulo II.

#### OTROS INDICIOS DE ORALIZACIÓN

Para gran número de poemas medievales europeos, otro indicio que no deja lugar a dudas sobre su “vocalización” es, como muy bien señala Zumthor (1987, 37-41), la presencia de notas musicales en los manuscritos, prueba manifiesta de que se cantaban, y también las alusiones al canto y al acompañamiento instrumental. Hay que tomar en cuenta, además, la *multitud* de informaciones documentales de tipo anecdótico que nos hablan de juglares, cantantes, recitadores y lectores, “portadores de voz”<sup>25</sup> y de su público de oyentes.

<sup>25</sup> Zumthor, 1987, cap. 3, con bibliografía. Sobre los juglares españoles la

En los *romans* medievales franceses “quien lee no es un profesional, un juglar; son generalmente las mujeres de la nobleza”, en un ambiente doméstico, íntimo, dice Robert Marichal (1968, 458) y recuerda una escena de *Flores y Blancaflor* en que una doncella lee un *roman* delante de su padre y su madre, recostados en tapices de seda. Misma escena, pero en un jardín, en el verso 5366 del *Yvain* de Chrétien de Troyes. También los textos en prosa se leían así, y para España tenemos, por ejemplo, esta pequeña viñeta del *Libro del Caballero Zifar*:

E la donzella leuaua el libro de la estoria de don Yuan e començó a leer en él. E la donzella leyé muy bien e muy apuestamente e muy ordenadamente, de guissa que entendí el infante muy bien todo lo que ella leyé, e tomaua en ello muy grand plazer e gran solaz (1983, 413).

Aquí tenemos dos “figuras” esenciales de la lectura en el Medioevo, ya fuera pública, ya privada: la persona que domina la técnica de leer en voz alta, por un lado, y, por otro, su público —en este caso, un infante—, que recibe “grand plazer e gran solaz” oyéndola leer. Cuando de recitaciones se trata, entra en juego otra figura de primer rango: la memoria. Petrarca describe a los juglares como “homines non magni ingenii, magnaue vero memoriae”<sup>26</sup> (Chaytor, 1950, 116).

gran obra obligada sigue siendo Menéndez Pidal, 1957. Los juglares influyeron en esos otros “portadores de la voz” que fueron los predicadores, los cuales aprendieron de ellos las técnicas para la comunicación de masas, lo mismo que fórmulas, recursos narrativos, etc. En los siglos XVI y XVII, como tendremos ocasión de ver, entraron en escena los lectores adiestrados en la lectura oral (cap. III).

<sup>26</sup> Sobre la memoria son indispensables: Jousse, 1981, cap. 15, y, por

Grande era, en verdad, la capacidad memorística que había que tener en los siglos anteriores a la imprenta, y todavía después.<sup>27</sup>

#### CULTURA MANUSCRITA, CULTURA ORALIZADA

En los siglos XIII y XIV se fue expandiendo la escritura a causa del desarrollo del comercio, la intensificación de las comunicaciones y, sobre todo, la estabilización espacial, el sedentarismo –y la necesidad de llevar registros– que trajo consigo el crecimiento de las ciudades: “las ciudades son hijas del Escrito” (Zumthor, 1987, 102). Con todo, “tantos siglos no le bastaron a la sociedad europea para interiorizar verdaderamente su conocimiento y su práctica de la escritura” (109). A su vez, la lectura era una cosa difícil, ejercida por pocos (115, 119-120). Hay que ver la increíble penuria de libros en las bibliotecas todavía en el siglo XIII; la biblioteca que más libros posee, la de la Sorbona, tiene un millar de volúmenes. Apenas va iniciándose en ese mismo siglo XIII el comercio de libros. Salvo en las ciudades de Flandes y del norte de Italia, sostiene Zumthor (108-109), nada cambió real-

supuesto, Yates, 1966. Véase, además, entre otros, Ong, 1982, 57-68; Stock, 1983, *passim*; Goody, 1991, en especial, 174-190; Zumthor, 1987, capítulo VII. Volveremos sobre la memoria en los capítulos II, V y, sobre todo, VI.

<sup>27</sup> Cf. Jousse, 1981, 258: “On confiait des livres entiers à la mémoire, quand les livres étaient rares et coûteux, comme aux XIII<sup>e</sup> et XIV<sup>e</sup> siècles”. En el XV ya eso asombraba, por lo menos en Alemania. “Una carta de 1446, publicada por J. Werner, relata la estupefacción y la incredulidad de los sabios alemanes ante la visita de un joven español de veintiún años [...] capaz de recitar de memoria toda la Biblia, Nicolás de Lira, los escritos de santo Tomás, Alejandro de Halès, Buenaventura, Duns Escoto ‘y muchos otros’, amén de las decretales y sus glosas, todo Avicena, Hipócrates, Galeno... pero, es verdad, sólo una parte de Aristóteles” (Zumthor, 1987, 157-158). Alfonso Reyes

mente en Europa antes de la gran boga del humanismo, hacia 1450, que es también el momento en que Johann Gutenberg inventó la imprenta de tipos móviles.

El predominio de la voz, de la oralidad, o la “vocalidad”,<sup>28</sup> hasta el siglo xv nos está exigiendo una revisión de muchas ideas, todavía arraigadas y pertinaces, en relación con la literatura del Medioevo. Pese a cuanto se ha venido escribiendo al respecto, desde el año de 1926 (Balogh) y hasta nuestros días, sigue habiendo una dificultad generalizada de imaginar que en la Edad Media la poesía y la prosa le llegaban a la gente a través del oído, con todo lo que ello implica.<sup>29</sup> Debemos culpar de ello, sin duda, al “escritocentrismo” de nuestra era, que en este caso se ha visto apoyado por la manera obvia –la única manera posible– como han llegado hasta nosotros los textos medievales: a través de manuscritos.

Lo que se está viendo con claridad cada vez mayor es que los manuscritos mismos estaban supeditados a la oralidad predominante. Dice Walter Ong: “La cultura manuscrita si-

(1962a, 28-29) relata otras hazañas memorísticas, como la recitación de los 40 000 versos del *Ramayana*; la de 1 900 casidas por el rapsoda árabe Hammad; la de Itelio, rico romano, que tenía 200 “esclavos memoristas para amenizar sus banquetes. Cada uno se sabía un libro entero”. Frente a tales portentos parece poca cosa la anécdota del comerciante converso español Ferrán Verde, que en 1492 fue acusado ante la Inquisición y encarcelado por cuatro años, entre otras cosas porque se había aprendido de memoria 219 estrofas de los *Proverbios morales* de Sem Tob (López Grigera, 1976; Deyermond, 1988, 28-29). En el Renacimiento, pese a la imprenta, hubo un resurgimiento de la memoria artificial: Yates, 1966, xii, 126-128.

<sup>28</sup> Zumthor prefiere este término al abstracto de *oralidad*: “La vocalité, c’est l’historicité d’une voix: son usage” (1987, 21).

<sup>29</sup> Cf. Ong, 1982, 157: “We have not yet come to full terms with the fact that from antiquity well through the eighteenth century many literary texts, even when composed in writing, were commonly for public recitation [...]”.



guió siendo en Occidente marginalmente oral [...]. La escritura servía en buena medida para reciclar los conocimientos y devolverlos al mundo de la oralidad”; antes de convertirse en un objeto, el libro era todavía *an utterance*, algo que “se decía” (Ong, 1982, 119, 125).

También José María Díez Borque ha insistido en que en la Edad Media “lo escrito [...] es sólo una forma subsidiaria derivada, auxiliar o irrelevante” (1985, 14). Y Paul Zumthor, en *La lettre et la voix*:

El factor inmediato decisivo de la puesta por escrito fue la intención, ya de registrar un discurso previamente pronunciado, ya de preparar un texto destinado a la lectura pública o al canto, en tal o cual circunstancia. La escritura no era sino un relevo provisional de la voz (1987, 135).<sup>30</sup>

En efecto, parece ser que entre la cultura oral de la Edad Media y su “cultura manuscrita” hay menos distancia que la que existe entre esta última y la cultura impresa que la reemplazó.

<sup>30</sup> No debe sorprendernos que en la Edad Media, y aun después, también se escribiera mayoritariamente pronunciando. Chaytor ha hablado de ello, citando ejemplos por demás curiosos: el copista del siglo VIII que, ensalzando la labor del escriba, dice que involucra tres dedos, dos ojos y una lengua (1950, 14, nota 2); Lutero, para quien el escribir pone en juego las partes del cuerpo y las acciones más elevadas: la cabeza, la lengua y el habla (147). En las escuelas se enseñaba a escribir pronunciando, como en un libro famoso demostró Istvan Hajnal (*L'enseignement de l'écriture aux universités médiévales*), citado por McLuhan (1966, 92, 94, 97) y por Stephen Gilman (1972, 318; cf. 311-314, sobre el predominio de la oralidad en los estudios universitarios). Añadamos a Pablos, el Buscón, que “tenía por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado” (III, 9; Quevedo, 1980, 262).

UNA ESPECIAL ORGANIZACIÓN DEL PENSAMIENTO  
Y DE LA EXPRESIÓN

Antes de ver qué transformaciones produjo en el terreno que nos ocupa –si es que produjo– el advenimiento de la imprenta, importa asomarnos, aunque sea brevemente, a lo que puede significar, en términos generales, la oralización de los textos, ya no desde el punto de vista de la cultura en la cual se produce, sino en cuanto a los textos mismos, en cuanto a su organización interna, a su lenguaje, a su estilo. Bastante se ha mencionado ya este aspecto fundamental,<sup>31</sup> como lo muestran las siguientes citas:

La “verbalización oral, en forma pura, anterior a la escritura, o en forma residual, al interior de culturas con escritura, *estructura tanto los procesos de pensamiento como la expresión*” (Ong, 1979, 1).

La práctica de la lectura oral “influyó poderosamente en el estilo literario, desde la Antigüedad hasta tiempos bastante recientes” (Ong, 1982, 115).

En la Antigüedad, “la práctica de la presentación oral influyó en la naturaleza de la prosa, lo mismo que en la de la poesía” (Hadas, 1957, 50-51).

<sup>31</sup> Sorprende por eso que, en 1986, al hablar de las lecturas en voz alta durante la Edad Media, Eric Havelock se pregunte, sin responderse: “Did these habits affect the style of the texts that were being used in this way, preserving vestiges of orality in a form of composition ostensibly literate?” (1986, 47).

El acto de audición por el cual una obra “se concreta socialmente no puede no inscribirse por anticipación en el texto” (Zumthor, 1987, 20).<sup>32</sup>

Ciertamente, el autor que prevé una recitación o una lectura en voz alta de su texto frente a un grupo de oyentes escribe de manera diferente de aquel que escribe anticipando una lectura silenciosa y solitaria. Nos encontramos aquí en un terreno que aún requiere mucho estudio, pero podemos estar seguros de que ese autor escribe escuchando el efecto sonoro de sus palabras y dándoles un movimiento y una organización que correspondan a lo que un público auditor puede captar, gozar y aun memorizar. Tanto en verso como en prosa, dentro de la diversidad de los géneros y los estilos, quien escribe para ser escuchado imprimirá a su discurso un dinamismo atento a una recepción que fluye hacia delante, sin retorno posible. Privilegiando la variedad –en forma y contenido– y, cuando de narraciones se trata, la estructura lineal y episódica, no rehuirá las repeticiones<sup>33</sup> y redundancias que afianzan lo ya dicho y buscará efectos capaces de mantener a los oyentes en constante estado de alerta.<sup>34</sup>

<sup>32</sup> Cf. Balogh, 1926-1927, 95: “Der Stil, den der Leser mit solcher Intensität nachempfand, forderte auch vom Schriftsteller ein anders geartetes Schaffen, als unser ‘stumm lesendes Zeitalter’ es tut”. Chaytor, 1950, 13: “The whole technique of *chanson de geste*, *roman d’aventure*, and lyric poem presupposed [...] a hearing, not a reading public”.

<sup>33</sup> “Dans les milieux ethniques où fleurit le style oral, ‘plus il y a des répétitions, plus le [récitateur] est apprécié’” (Jousse, 1981, 178).

<sup>34</sup> Véase lo que dice William Nelson a este propósito: “If expectation that a literary composition will be read aloud affects the form and rhythm of sentences, it has consequences even more profound for manner and structure. One who imagines his work being read for a group must fear above all the impatient rustling, the infectious yawn [...]. His temptation, therefore, is to

## LA ORALIDAD Y LA ORALIZACIÓN

Ahora bien, resulta que varios de estos y otros rasgos que aparecen en producciones destinadas a ser oralizadas –atención al ritmo y las sonoridades, repeticiones y paralelismos, estructura episódica y división del discurso en unidades breves, apóstrofes al receptor, etc.– coinciden con algunas de las “grandes leyes universales del estilo oral” (Jousse, 1981, 180).<sup>35</sup> Además coinciden decididamente casi todos los factores contextuales, las modalidades de la “publicación” de los textos, como ahora veremos.

Igual que en una cultura plenamente oral, en una cultura *oralizadora* “la comunicación [...] reúne a la gente en grupos” (Ong, 1982, 69), y la *performancia* –palabra, en este contexto, imprescindible–<sup>36</sup> es necesaria para la plena realización de un texto (Finnegan, 1992, 28-29, 118-126; Zumthor, 1983, III, y 1987, 245-268), con lo cual el *hic et nunc* de ese evento público y colectivo adquiere suma importancia. También en los productos de esa cultura intervienen por fuerza, junto a la “figura” del compositor, otras dos igualmente indispensables: la del intérprete –lector o recitador o cantante– y la del

hold on to his audience by providing entertainment, instruction, emotional excitement, surprise from moment to moment” (1976-1977, 118-119). Para estas diferencias estructurales –volveremos sobre ellas después–, véase también Ong, 1982, 99, 101-112; 139-155 (cap. 6, “Oral memory, the story line and characterization”); muy importante, lo referente a la retórica (108-112).

<sup>35</sup> Véase el clásico libro de Marcel Jousse (1981) y otros que hemos venido mencionando: Ong, 1982; Finnegan, 1992; Zumthor, 1983, etcétera.

<sup>36</sup> Zumthor (1983, 148) reconoce, como otros no anglófonos, la absoluta necesidad de este anglicismo, que en francés sólo cambia de pronunciación (en español necesitamos hacer una pequeña e inocua adaptación morfológica).

público, que es a la vez receptor y partícipe (Zumthor, 1983, IV, y 1987, 245-268; Havelock, 1986, 78). En el capítulo II veremos algunos ejemplos concretos de estos fenómenos.

Si en una cultura oral la creación se produce en una situación de tipo teatral, una especie de representación –la performance–, que muchas veces se da en el ámbito de una fiesta, ya en la plaza pública, ya en una iglesia, ya en un palacio, algo análogo suele ocurrir en culturas en que la escritura se convierte en voz, como también tendremos ocasión de observar. Las circunstancias concretas en las que se lee, recita o canta un poema o cualquier otro texto, quién o quiénes los presentan, quiénes escuchan, cómo participan, en qué momento, en qué lugar: todo ello es parte integrante del fenómeno.<sup>37</sup> Zumthor –quien usa el término *oeuvre* para designar el conjunto del texto y de todas esas circunstancias (1987, II)– insiste, con plena razón, en la importancia del cuerpo, de los cuerpos: presencia, ademanes, gestos, voces;<sup>38</sup> en la materialidad de esas voces, su fuerza, su timbre, su expresividad. Su poder, en otras palabras. Cuando en la España del siglo XVII ciertas mentes privilegiadas –Lope de Vega, Mateo Alemán– cobren conciencia de lo que significa leer a solas y en silencio, resentirán precisamente la pérdida de esa

<sup>37</sup> En el fondo, son éstas las mismas características del *lenguaje* oral. Ong, 1982, 101: “The word in its natural, oral habitat is a part of a real, existential present. Spoken utterance is addressed by a real, living person to another real, living person or [...] persons, at a specific time in a real setting which includes always much more than mere words”.

<sup>38</sup> Es éste uno de los temas importantes en el libro de Erich Schön, publicado en el mismo año que *La lettre et la voix* de Zumthor. Cf. también lo que había dicho Leclercq, 1961, 19: en la Edad Media la lectura constituye “an activity which, like chant and writing, requires the participation of the whole body and the whole mind”.

corporalidad –ademanos, gestos, voces–, de esa materialidad que sólo captamos a través de los sentidos (véase cap. VII): la pérdida de la sensorialidad-sensualidad, como reza el título de Erich Schön –*Der Verlust der Sinnlichkeit*–, del que luego nos ocuparemos.

#### TEXTOS EN MOVIMIENTO Y ¿ORALIDAD *versus* ESCRITURA?

Por su indisoluble atadura con la memoria y con la performance, en un momento y un lugar dados, toda literatura vocalizada –sea o no oral en su modo de composición, esté o no registrada, además, en un papel– se encuentra en continuo movimiento. No hay texto fijo, sino un texto que cada vez va cambiando.<sup>39</sup> Cuando un texto de esa índole se transcribe en un manuscrito (o, más tarde, en un impreso), lo que se registra es sólo *una* versión, versión efímera, que se pronunció en cierta ocasión y que difiere en más o en menos de las pronunciadas en otras ocasiones. De ahí, en buena parte, las muchas variantes que se encuentran generalmente entre las copias manuscritas de un mismo texto medieval; a esto se añaden, claro, las intervenciones del copista (más tarde, del cajista), porque se equivoca o porque suele tomarse con los textos libertades análogas a las de cualquier recitador o cantante.

Quienes estudian los productos de la oralidad pura tienden a separarlos tajantemente de la literatura escrita de épo-

<sup>39</sup> Sobre este aspecto puede verse, entre muchos otros, Finnegan, 1992, 56-58, 65, *passim*; Zumthor, 1983, 253-260. Desde luego, a lo largo de la historia ha existido también la repetición exacta, *verbatim*, de textos memorizados, sobre todo tratándose de textos religiosos y rituales. Acerca de esta cuestión, véase, entre otros, Jousse, 1981, 259-279.

cas posteriores. Así, todavía en su libro de 1986, Havelock dice que la imprenta y las editoriales vinieron a suplantar las situaciones del pasado y que desde que existen “el lector participa silenciosamente en la performance, también silenciosa, del escritor” (77). Del mismo modo, los estudiosos de la literatura moderna de transmisión oral tienden a contrastarla con los textos escritos. “La apertura que caracteriza al texto de transmisión oral nos obliga a considerarlo como algo diferente a la literatura escrita, que responde a patrones e intenciones creativos propios”, dice Beatriz Mariscal (1992, 345), siguiendo la línea del Seminario Menéndez Pidal; incluso los “géneros literarios destinados a ser leídos en voz alta no responden al proceso creativo propio de la literatura oral, no son textos ‘abiertos’, como lo son los que se apoyan en la memoria, sino cerrados, fijos e invariables”.<sup>40</sup>

Es necesario someter a revisión crítica todas las ideas recibidas sobre los contrastes entre lo oral y lo escrito. Por mi parte, estoy de acuerdo con el punto de vista de Ruth Finnegan, quien a lo largo de su libro de 1977 sostiene que “no existe una frontera clara entre la literatura ‘oral’ y la ‘escrita’” (1992, 2).<sup>41</sup> En la *producción* de los textos puede haber

<sup>40</sup> Añade: “independientemente de la variabilidad que se dé en su representación o lectura”. Aunque remite a dos de mis trabajos sobre el tema, B. Mariscal deja de lado la memorización y la recitación, que son parte fundamental del fenómeno que estudio y que precisamente producen en la literatura oralizada múltiples y continuas variaciones, como veremos más adelante (capítulos v, vi). Segre, 1985, 19: “le studi sulla tradizione orale non mi pare abbiano individuato caratteristiche specifiche della tradizione orale, ma soltanto caratteristiche quantitativamente più numerose nelle tradizioni orali, ma anche presenti in tradizioni certamente scritte”.

<sup>41</sup> En su libro *The Interface Between the Written and the Oral* (1987), Jack Goody se interesa por varios tipos de confluencias o zonas fronterizas entre los dos “registros” o “canales”, el oral y el escrito, en culturas que de alguna ma-

grandes diferencias entre los dos tipos de literatura, pero éstas variarán de género a género, de época en época, de lugar en lugar: dudo que pueda generalizarse. En la otra cara de la moneda, en los procesos de la *comunicación* y la *transmisión* de los textos, ya hemos visto que existen notables semejanzas, necesitadas todavía de estudios detenidos, también por género, época, lugar. Tal como podemos observarlo en la Edad Media y en los siglos posteriores, también en los textos oralizados –sobre todo los textos poéticos–, que circulaban gracias a la memoria y por medio de la voz –recitación, canto–, se producen continuas variantes, efímeras o no, con lo cual son también textos *abiertos*, en la terminología de Diego Catalán, y en modo alguno “cerrados, fijos e invariables”.<sup>42</sup>

He dicho, adelantándome nuevamente, que “en la Edad Media y en los siglos posteriores”, y ya es hora de preguntarnos qué ocurre en los siglos que siguieron a la Edad Media. Por lo pronto, en ese periodo de transición que fue el siglo xv, como bien ha dicho Alan Deyermond (1988, 32),

la oralidad influye en casi todos los géneros literarios que nos ofrece esta época de transición [...]. A veces se trata de

nera han estado en contacto con la escritura. Para él esos dos registros “no son totalmente distintos el uno del otro” (1991, xiii). Stock (1983), que considera conveniente distinguirlos, estudia sus relaciones e interferencias en la cultura de los siglos xi y xii, con especial insistencia en las instituciones y prácticas legales; véase especialmente cap. 1, “Oral and written”. Segre, 1985, 19: “Non è possibile, comunque non utile, definire in termini generali l’opposizione tra oralità e scrittura”. Portelli, en *Oralità, cultura*, 1985, 31: “la schematizzazione che o c’è oralità o c’è scrittura non spieghi le cose che realmente accadono”.

<sup>42</sup> El *Libro de buen amor* fue un libro “abierto”, tanto en la intención de su autor como, según parece, en su transmisión.



un género tradicional –oral en sus orígenes y hasta en su esencia– que se transforma en literatura escrita [...]. A veces un género culto se “oraliza”.

Pero ¿y la invención de la imprenta? Se ha pensado que ella acabó de cuajo con la antigua práctica de leer en voz alta: para Chaytor, ésta “fue suprimida –*was killed*– por la diseminación de textos impresos” (1950, 13); para David Riesman, la imprenta “creó al lector silencioso y compulsivo” (1966, 112).<sup>43</sup> Aun sin pruebas documentales, por mero sentido común, habría que cuestionar la idea de que un hábito tan antiguo y tan arraigado pudiera desaparecer de la noche a la mañana.<sup>44</sup>

En tiempos de la *Celestina*, ha dicho Stephen Gilman (1972, 317),

la lectura todavía se concebía como una lectura en voz alta, para uno mismo o para otro [...]. En otras palabras, la imprenta aún no había creado un público de lectores silenciosos; meramente había multiplicado el número de textos disponibles para leerse en voz alta.

<sup>43</sup> Todavía hoy encontramos frecuentes afirmaciones en este sentido (Sito Alba, 1984, 162; Mariscal, 1992, 344). Defensora ya clásica de la imprenta como “revolución” es Elizabeth Eisenstein, en su libro de 1979.

<sup>44</sup> “La invención de la Imprenta [...] no constituyó en su momento el acontecimiento técnico revolucionario que nos han hecho creer, acontecimiento que habría ocasionado cambios radicales en el mundo de los libros y creado de golpe una cultura del libro y de la lectura” (Schön, 1987, 35). Cf. lo que dice Ife: “the innovative effects of printing can be overestimated: in its initial stages, the development of printing changed the literary face of Europe to only a very limited extent” (1985, 5; véase 175, nota 3). Observaba Frances Yates: “Remarkable feats of memory were admired in the Renaissance, as in Antiquity: a new lay demand for the art as a mnemonic technique arose” (1966,

Gilman situaba a la *Celestina* en un periodo de transición “relativamente breve” entre la cultura oral y la tipográfica (1972, 315).<sup>45</sup> Todo parece indicar, sin embargo, que la transformación se fue dando de una manera mucho más gradual, *durante varios siglos*.<sup>46</sup>

#### UNA TRANSFORMACIÓN QUE DURÓ VARIOS SIGLOS

¿Cuándo comenzaría la gente a leer en silencio? Zumthor pensaba que la lectura puramente ocular “ne semble pas avoir été connu avant le xv<sup>e</sup> siècle” (1972, 38). Para Ife, “la imprenta vino a dar ímpetu especial al largo proceso de transformación de un público de oyentes en un público de lectores”, cambio que “ya se venía produciendo antes de la era del libro impreso” (1985, 8). Pero ¿cuánto tiempo antes? Falta investigarlo.

¿Cuándo, por otra parte, se piensa que comenzó a gene-

126). Y se preguntaba, sorprendida (xii): “Why, when the invention of printing seemed to have made the great Gothic artificial memories of the Middle Ages no longer necessary, was there this recrudescence of the interest in the art of memory?” Se diría que ahora tenemos la respuesta.

<sup>45</sup> Cf. Rallo Gruss, 1979, 115: “[...] rasgo común de toda la literatura de los principios del siglo xvi: su carácter oral”.

<sup>46</sup> Sin duda esta transformación se dio tan lentamente como el paso de la cultura de oralidad primaria al predominio de la lectura-escritura en Grecia. Véase lo que al respecto dice Eric Havelock: “All reasonable considerations point not to a ready acceptance of the alphabet but to a resistance to it [...]. Primary orality departed only slowly from Greece [...]” (1986, 87-88); “To suppose that after a million years, vision employed on a physical artifact—a piece of writing—could suddenly replace the biologically programmed habit of responding to acoustic messages, that is, that reading could replace hearing, automatically and easily, without profound and artificial adjustments of the human organism, is to fly in the face of the evolutionary lesson” (1986, 99-100).

ralizarse la lectura silenciosa y, coincidiendo con ella, la lectura ya definitivamente individual, tal como hoy la conocemos y practicamos? Aquí se dan las opiniones más variadas, junto a vaguedades y contradicciones, prueba evidente de que nuestros conocimientos son todavía muy incompletos en esta materia. Dejando de lado a los que sitúan este cambio en fechas demasiado tempranas –M. J. Scholz, por ejemplo, que lo coloca en el siglo XII (véase cap. VII, nota 3)–, tenemos a quienes, como Ife, aseguran que “parece claro que ya en el siglo XVI [...] empezaba a predominar el hábito de la lectura silenciosa”, si bien “es imposible decir cuándo se empezó a inclinar la balanza” (1985, 9), y a quienes, como William Nelson, sitúan el cambio hacia fines del siglo XVII.<sup>47</sup> Otros estudiosos prefieren no precisar. Marshall McLuhan, con ser el gran defensor de la teoría de una “nueva cultura visual” instaurada en el Renacimiento y afirmar en cierto momento que “with print the eye speeded up and the voice quieted down” (1966, 43), hubo de reconocer que incluso la prosa “siguió siendo oral, más que visual, durante *varios siglos* después de la imprenta” (1966, 136), cosa que luego han confirmado estudiosos como Schön (1987, 100). También para Zumthor, aunque a partir de mediados del siglo XV comience a devaluarse la palabra viva y aunque todo conspira desde entonces contra la anterior omnipresencia de la voz (1987, 28-30), “los modos de difusión oral conservarán un estatus privilegiado hasta más allá de las grandes rupturas de los siglos XVI o XVII” (1987, 155).<sup>48</sup>

<sup>47</sup> Nelson, 1976-1977, 112, 121 y s. Véase aquí cap. III, nota 13.

<sup>48</sup> Cf. Zumthor, 1987, 159: “el triunfo de la escritura fue contrariado, tardío, y las mentalidades escriturales continuaron siendo muy minoritarias hasta el siglo XVI o el XVII”.

Gérard Genette no sólo ha afirmado que el “consumo ‘oral’ del texto escrito se prolongó mucho más allá de la invención de la imprenta y de la difusión masiva del libro”, sino que *sólo a partir del siglo XIX* se ha venido produciendo “un debilitamiento continuo de los modos auditivos del consumo literario” (1969, 124). También Walter Ong (1982, 41) sostiene que la cultura occidental “continuó teniendo residuos orales en gran escala (*massive oral residue*) hasta el periodo romántico, y aun más allá”.<sup>49</sup> Para comprobar hasta qué punto han tenido razón, basta ver el pasaje de Goethe que cita Schön (1987, 105) y que nos parece casi excesivo para el momento en que fue escrito. Dice Goethe en *Poesía y verdad* (1813): “Escribir es un mal uso del lenguaje; leer en silencio para uno mismo, un triste sustituto del lenguaje hablado”.<sup>50</sup>

Mención especial merece el ya mencionado libro de Erich Schön sobre “las transformaciones del lector” y el “cambio de mentalidad hacia 1800”, publicado en Stuttgart en 1987. Para él, el final de la lectura en voz alta no constituyó un fenómeno aislado, sino que es paradigma de un desarrollo más global, que probablemente afectó a todos los ámbitos de la experiencia sensorial (111). Es en el siglo XVIII cuando para

<sup>49</sup> Cf. Ong, 1982, 157: “Reading aloud to family and other small groups was still common the early twentieth century [...]”; 158: “The Romantic Movement marks the beginning of the end of the old orality-grounded rhetoric.”

<sup>50</sup> *Dichtung und Wahrheit*, al final del libro x: “Schreiben ist ein Missbrauch der Sprache, stille für sich lesen ein trauriges Surrogat der Rede”. Otros pasajes de Goethe citados por Schön: “Und gewiss schwarz auf weiss sollte durchaus verbannt seyn; das Epische sollte rezitirt, das Lyrische gesungen und getantz und das Dramatische persönlich mimisch vorgetragen werden” (1987, 105). Hegel, en la *Encyklopädie der philosophischen Wissenschaften*, expresó en 1817 ideas importantes sobre el tema; por ejemplo: por su abstracción, la escritura alfabética se ha transformado en “jeroglíficos”; es “una escritura muda” y su lectura, “una lectura sorda”.

Schön se va produciendo (en Alemania) el cambio generalizado hacia nuestra actual manera de leer, cambio que ya se ha cumplido cabalmente en 1832 (100, 102). Imposible dar aquí cuenta pormenorizada de este interesante estudio,<sup>51</sup> que comienza con una breve “historia de la lectura” y luego, además de la lectura oral/silenciosa, aborda los temas de “El lector y su cuerpo”, la “Lectura al aire libre”, la “Recepción en comunidad”, los tiempos y lugares de la lectura, con abundantes testimonios escritos e iconográficos. Cuando desaparece el cuerpo en el acto y la experiencia de la lectura, dice Schön, se llega al dominio de lo cognitivo (113).

Todo parece indicar que en el mundo de habla española la lectura en voz alta continúa siendo un hábito frecuente hasta entrado el siglo XIX. Un estudio reciente de Enrique Flores (1992) nos muestra al periodista y escritor mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi inmerso todavía en 1816 en un mundo de oralidades y oralizaciones, donde los textos impresos circulan de los ojos a los oídos y la memoria juega un papel importante.<sup>52</sup> Todavía hoy, existen en España e Hispanoamérica lugares donde se lee en voz alta en las plazas, en tertulias familiares, etc., aparte de que en español, como en otras lenguas europeas, quedan reliquias léxicas que remiten

<sup>51</sup> A Klaus Meyer-Minnemann debo el conocimiento de este libro, que originalmente fue presentado en 1983-1984, como tesis de doctorado, en la Universidad de Konstanz. El libro de Schön aborda principalmente el ámbito alemán y el siglo XVIII y se concentra en la recepción de obras literarias.—No conozco el libro de Eugene y Margaret L. Bahn, *A History of Oral Interpretation*, Burgess, Minneapolis, 1970.

<sup>52</sup> “El loro de Lizardi...” de Enrique Flores forma parte de un proyecto de investigación que coordinaba yo desde 1991 en el Centro de Estudios Literarios de la Universidad Nacional Autónoma de México. Se trataba de explorar en el México del siglo XVIII y comienzos del XIX temas como los que aborda el presente libro.

a una época no tan lejana de abundante oralidad y oralización, tales como el uso de los verbos *decir* y *hablar* aplicados a textos escritos: “el libro dice que...”, “el autor habla de...”

Veremos más adelante (cap. iv) hasta qué punto el vocabulario relativo a la producción y la recepción de textos escritos pone de manifiesto la compleja situación que en España se dio, en estos ámbitos, entre los siglos xvi y xviii. Aquí sólo quisiera mencionar el caso más revelador del cambio ocurrido en la lectura: las definiciones que de *leer* dan, primero, Covarrubias en 1611, luego, el *Diccionario de Autoridades*, en 1732, y finalmente un diccionario moderno como el *Pequeño Larousse*. Dice Covarrubias que *leer*, referido a cosas escritas, es “Pronunciar con palabras lo que por letras está escrito” (para nada alude a una lectura sólo visual); *Autoridades*: “Pronunciar lo que está escrito o *repararlo con los ojos*”;<sup>53</sup> *Larousse*: “Recorrer *con la vista* lo escrito o impreso para enterarse de ello”, y nada más.

#### LA TAREA QUE TENEMOS POR DELANTE

Si, según sostenemos algunos, no existe una oposición entre lo oral y lo escrito, entre oralidad y escritura, en cambio sí hay oposición entre la lectura oral-auditiva y la lectura puramente ocular, entre la voz y el silencio: son dos “sistemas”, no sólo diferentes, sino contrapuestos. Históricamente, el pa-

<sup>53</sup> En la Inglaterra del siglo xviii John Mason (1968, [6]) siempre usa *to read* con el sentido de ‘leer en voz alta’; por ejemplo: “Children generally get a habit of reading in a high-pitched key”. El libro de John Rice sobre el mismo tema se intitula *An Introduction to the Art of Reading*. Para ambos autores, *reader* es, también unívocamente, la persona que lee en voz alta.

so de un sistema a otro parece haberse producido a lo largo de varios siglos, en un prolongado periodo en que la vocalización de los textos convivió con su lectura silenciosa antes de cederle el paso *casi* definitivamente a esta última. Importa saber qué ocurrió en ese periodo, cómo se dieron las cosas, en cada país, en cada momento, para cada género de escritura.

A título de curiosidad, recojo unos cuantos ejemplos que ilustran la necesidad de proceder con cautela, evitando generalizaciones. En Alemania, dice Erich Schön, a finales del siglo XVIII ya no era común leer en voz alta novelas, ni otras obras en prosa (1987, 103), pero para Inglaterra (Collins, 1972), Francia, etc., hay testimonios de lectura oral de novelas todavía en el siglo XIX.<sup>54</sup> En 1614 dice Francesco Sacchini:<sup>55</sup> léase la poesía en voz alta “y como cantando” (los escritos científicos, en silencio); esto lo reiteran todavía hacia 1800, Johann Adam Berck y Heinrich Ludwig de Marées (Schön, 1987, 99-100, 102-103); pero en la segunda mitad del siglo XIX es evidente que ya en muchos lados la poesía solía leerse en silencio, puesto que el poeta inglés Gerard Manley Hopkins tiene que insistir en que su poesía está “hecha para la performance y que su performance no consiste en leer con los ojos, sino en voz alta”: “toma aliento –dice–, y

<sup>54</sup> Victor Hugo, *Les Misérables*: “Un jour la mère Plutarque lisait un roman dans un coin de la chambre. Elle lisait haut, trouvant qu'elle comprenait mieux ainsi. Lire haut, c'est s'affirmer à soi-même sa lecture. Il y a des gens qui lisent très haut et qui ont l'air de se donner leur parole d'honneur de ce qu'ils lisent” (Robert, 1960-1965, s.v. *lire*, 4° ‘Prononcer, énoncer à haute voix un texte écrit’).

<sup>55</sup> Al menos, según su traductor alemán del siglo XIX: véase *infra*, cap. II, nota 26. Antoine Houdart de La Motte (1672-1731) escribió: “Les vers son enfans de la lyre: / il faut les chanter, non les lire” (Jousse, 1981, 204). Y véase la cita de Goethe en nota 50.

léela con los oídos” (McLuhan, 1966, 83). La lectura de periódicos ante grupos de oyentes está documentada hasta el siglo XIX para Alemania (Schön, 1987, 177-178), España (Zavala, 1978, 208; Llorens, 1979, 245), Francia (Bellet, 1967);<sup>56</sup> ¿en qué otros países? Es muchísimo lo que todavía hay que investigar en estos terrenos.<sup>57</sup>

Entre las tareas que tenemos por delante está la de revisar a fondo ciertas ideas recibidas. Ya lo hemos visto en relación con la oposición oral/escrito. Otras veces se trata de corregir equiparaciones injustificadas, como la de la vocalización de los textos con la performance colectiva y la de la lectura silenciosa con la lectura privada. Esta última confusión es frecuente,<sup>58</sup> pero ya sabemos que por “privada” que fuera una lectura, podía ser articulada y sonora, como aquella que menciona la *Segunda Partida* a propósito de los caballeros que “quando non podiesen dormir, *cada uno en su*

<sup>56</sup> Durante el Segundo Imperio, según Roger Bellet (1967, 195), “on lisait sur la voie publique, sur le boulevard: on lisait debout, et Barbey d’Aureville appelle la lecture du journal ‘lecture debout’, opposée à la lecture assise, celle du livre. On lisait dans tous les lieux de réunion [...]. On lisait dans les cafés [...]. On lisait même à Notre-Dame”.

<sup>57</sup> Es interesante constatar que ya en 1748 el inglés John Mason habla de diferentes maneras de leer en voz alta (los contextos muestran que para Mason *to read* es siempre en voz alta), según los tipos de escritura: está bien leer “rápidamente” documentos oficiales, “donde siempre hay gran superfluidez de palabras”, o el periódico, “donde hay pocas cosas que merezcan nuestra atención”; pero esta manera de leer “es muy impropia para leer Libros de Devoción y de Instrucción y especialmente las sagradas Escrituras”, “porque el oyente pierde el beneficio de más de la mitad de las buenas cosas que escucha” (1968, 10-11).

<sup>58</sup> Cf. B. W. Ife: “Para [...] oír la lectura en voz alta de un libro tiene que reunirse un público; la lectura privada es sólo eso: privada”; “reading *Amadís* meant reading from a printed book either aloud to others or to oneself in private”, “a solitary reader would almost certainly be learning to read silently rather than aloud” (1985, 8, 5).



*posada se facié leer e retraer estas cosas sobredichas, et esto era porque oyéndolas les crecían los corazones*” (Alfonso X, 1807, II, 213; *supra*, p. 22-23).

Históricamente, ocurren dos transformaciones, aunque relacionadas, diferentes: por un lado, se pasa de la experiencia colectiva a la individual y solitaria (privada); por el otro, de la lectura en voz alta (que puede ser individual) a la silenciosa. El hábito moderno de leer a solas y en silencio es, pues, producto de dos líneas evolutivas y no de una. También esto hay que estudiarlo muy en detalle: ¿cuándo, cómo y dónde se va dando cada evolución y qué relación hay en cada caso entre una y otra? Muy importante será, además, documentar, no sólo los cambios mismos, sino cómo se vivieron: la mayor o menor conciencia que se tuvo de ellos y la manera positiva o negativa de experimentarlos. Es trabajo para muchos y por muchos años. Y vale la pena.